

# Soledad, palabras y aparatos

BERND DIETZ

FRANCISCO GÁLVEZ

*EL HILO ROTO*, Valencia, Pre-Textos, 2001

A caso sea Fernánd Léger –al decir de Roger Garaudy, uno de los cuatro grandes pintores del siglo XX– quien mejor haya descrito, en su *Funciones de la pintura*, la estética de la máquina y el objeto que empezó a ser novedosa hace ya casi un siglo, y que, años después, al artista se le seguía antojando incomprendida por el público. Difícilmente cabría decir lo mismo hoy en día, cuando podemos estar agradecidos si la pintura sigue siendo pintura, y no «arte conceptual», minimalismo o una «instalación». En la poesía, en cambio, comprobamos que su discurso peculiar se mantiene –quizás no sin justificada desconfianza por parte de un arte que ansía durabilidad– mayoritariamente hostil a los objetos industriales. Así, cuando éstos aparecen fuera del paradigma vanguardista o de fugaces descripciones urba-

nas, suelen hacerlo en el marco de un feísmo calculado, engrosando esa abultada tradición del anti-arte que tanto se ha esforzado por abrirle las puertas a lo que, con justo nombre, llamamos realismo sucio.

No es este el caso del último libro de Francisco Gálvez, *El hilo roto*, que, publicado hace algunos meses con el subtítulo de «Poemas del contestador automático», está llamado a modificar de manera elocuente nuestras expectativas y nuestros prejuicios en torno a esta cuestión. Y es que si Gálvez (Córdoba, 1954) era un poeta de sólida trayectoria anterior, promotor de la revista *Antorcha de paja* (1973-1983), ganador del premio *Anthropos* en 1993 y autor de una obra ya importante de la que se ofrece una amplia muestra en *Una visión de lo transitorio. Antología poética 1973-1997* (Huerga y

Fierro, 1998), lo cierto es que emprende un rumbo nuevo con esta singular entrega, plena de emoción, lirismo e inteligencia poética.

Naturalmente, seguimos encontrando en *El hilo roto* al mismo poeta escueto, esencialmente moderno, de palabras afiladas y eficaz plasticidad, que conocíamos. Pero la utilización del contestador automático como principio estructurador del libro le permite a Francisco Gálvez construir un volumen coral, de voces múltiples, en el que aparecen y se esconden con una y mil máscaras elementos que son fundamentales para la poesía y su compleja interacción con la vida. De esta suerte, el autor de *El hilo roto* puede desplegar con destreza convincentes y sutiles juegos a propósito de la identidad, la incomunicación, el deseo amoroso, el mensaje sin sujeto, el desfase temporal o los silencios. El contestador es tan sólo una máquina, claro. Supone, según dice el poeta, un hilo que no medita. Pero revela una rara capacidad para que nuestros sentidos, nuestros anhelos y nuestros desasosiegos se proyecten en él. Más que el teléfono, se convierte en una prolongación de nosotros mismos, en un artilugio autónomo que puede no obedecernos, en un espejo que nos arroja la imagen de una condición tan cierta como irrenunciable: «Por el hilo de cobre del teléfono/ se cruzan deseos prolongados/ de una vida que busca las respuestas,/ pero sólo unos segundos/ y enseguida salta una cinta/ grabada con la voz como recuerdo,/ y aunque nada espero de los mensajes/ aguardo hasta el final/ para nombrar y nunca ser nombrado».

Además, el contestador es un aparato bifronte, pues puede ser el nuestro o el de los demás, incluir un Tú real o sólo añorado, constituirse en un parapeto que protege o en un muro que excluye. También es capaz de

trocarse en la mesa de operaciones sobre la que realizar la autopsia de nuestros sentimientos: «Tu voz parece de otro tiempo,/ ya no tiene aquel tono cálido/ de antes, ni la complicidad/ de siempre, sólo son palabras/ y su efecto es ahora discreto:/ en tus mensajes ya no hay mensaje». Si de una parte actúa como catalizador de nuestros apetitos y de nuestras soledades, de estrategias verbales y de silenciamientos, de diálogos recuperables y de ocasiones perdidas, de sueños y de decepciones, de mentiras y verdades, también es únicamente un chisme que se introduce en nuestras vidas y nos vuelve dependientes, tal vez paranoicos, a la hora de confiarle nuestras pasiones y nuestras tristezas.

Samuel Beckett produjo en 1958 *Krapp's Last Tape* (*La última cinta de Krapp*), una pieza teatral en la que un hombre mayor y solo se enfrentaba a un magnetofón y a sus grabaciones de antaño. Con *El hilo roto*, Gálvez plantea un recurso comparable en audacia y en modernidad, aunque bastante diferente en lo tocante a su radio de acción y también a su lenguaje. Con respecto a lo primero, es obvia la cualidad dramática de su texto, más polifónica incluso que en la obra teatral del irlandés (en la que, al fin y al cabo, sólo aparecen la voz actual del personaje y sus voces grabadas), y susceptible de lecturas múltiples. En lo que concierne a lo segundo, es evidente que se trata de excelente poesía. Gálvez ha ido depurando cada vez más su lenguaje, adelgazando léxico y sintaxis, hasta obtener una lograda conjunción entre expresión coloquial, medidos destellos tropológicos y un fluir métrico natural, utilizando configuraciones estróficas, pero tendiendo siempre a esa concisión que, en el arte de hoy, es sinónimo de exigencia.

